

“Esta realidad sólo puede ser comprendida y aprehendida desde la aceptación de la vigencia de ambas culturas en la escena nacional, pero con la sinceridad de que el México imaginario ha querido sobreponerse, en términos de negación, al México profundo”.

México profundo:

Una civilización negada

35

JUAN JOSÉ ESQUIVIAS LÓPEZ, SJ



Primera Parte.¹ La Civilización Negada.

Y apareció en escena el ¡Comité Clandestino Revolucionario Indígena! (CCRI), llamado Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), justo el día 1 de enero del año 1994 en que entró en vigor en México el Tratado de Libre Comercio con América del Norte (TLC). Esta es la viva ejemplificación y la ratificación de la presencia de las dos culturas y las dos civilizaciones presentes en México desde hace 500 años.

El México profundo, presente en el ejército zapatista y el México imaginario, tras el tratado de libre comercio comparecen en un mismo país y en un mismo momento histórico: dos culturas, dos proyectos de nación, dos méxicos en una sola realidad esquizofrénica. ¿Cómo entender una escena nacional bifurcada?, ¿Por qué se oscureció el paso al así llamado Primer Mundo?, ¿Por qué Mesoamérica se resiste al dominio occidental de Norteamérica?.

En México la cultura mesoamericana y la cultura occidental han co-existido durante más de 500 años, la primera no ha desaparecido y, la segunda, no ha triunfado. Mesoamérica, el México profundo, personificado en este caso en el EZLN, reclama la defensa de los derechos colectivos e individuales negados históricamente a los pueblos indígenas mexicanos; la construcción de un nuevo modelo de nación que incluya a la democracia, la libertad y la justicia como principios fundamentales de una forma de hacer política y el tejido de una red de resistencias y rebeldías altermundistas en nombre de la humanidad y en contra del neoliberalismo. El México imaginario, personificado en este caso en el TLC, busca eliminar las fronteras para comercializar, promover condiciones de competencia y aumentar las oportunidades de inversión.

Esta realidad sólo puede ser comprendida y aprehendida desde la aceptación de la vigencia de ambas culturas en la escena nacional, pero con la sinceridad de que el México imaginario ha querido sobreponerse, en términos de negación, al México profundo. El 1 de enero de 1994 rememora el año 1518, cuando Hernán Cortés aparece frente al Emperador Cuauhtémoc, Occidente frente a los aztecas. Con este acontecimiento histórico inicia el enfrentamiento y coexistencia violenta de ambas culturas; la pretensión europea –occidental- que se impone y domina, y la resistencia azteca –Mesoamérica- que permanece en pie hasta nuestros días.

El EZLN desde Chiapas (Tenochtitlán) ir-

¹ Guillermo, Bonfil Batalla, *México Profundo, una civilización negada*, Grijalbo, México, 1987, pp. 1-96

rumpe frente al TLC (Occidente), aparece el rostro indio que ha estado subsumido y negado por más de 476 años desde que Hernán Cortés ultrajó y avasalló el imperio azteca, a los pueblos indios. Desde entonces podemos afirmar, como lo sostiene Bonfil Batalla, que “la civilización mesoamericana es una civilización negada, cuya presencia es imprescindible reconocer”.

Hasta aquí un ejemplo clarividente de la existencia de ambas culturas y de sus antagonismos, unos por su sobrevivencia y, otros, en su incansable ímpetu de dominación. Dos culturas, dos civilizaciones, dos proyectos irreconciliables de nación. La realidad negada (la indígena) heredera de una formación y cultura milenaria sigue estando presente en nuestro país, sus rostros, aunque cubiertos, (EZLN) personifican el rostro de miles de indígenas, sus pueblos y culturas que reclaman la potestad de su nación. La realidad imaginada (europeos mexicanos) fracasa en su proyecto de nación (TLC) por su ceguera de no reconocer a los “otros” como presentes, como igualmente mexicanos.

Recurro a ambos procesos sociales, políticos particularmente, para mostrar, a demás de la vigencia del antagonismo y confrontación de las dos culturas presentes en México, que lo que ocurrió y sigue ocurriendo en Chiapas ocurre igual en todas partes de nuestro país.

Ambos movimientos han despertado en la conciencia nacional, en todos los estratos y clases sociales, se esté o no de acuerdo con uno u otro movimiento, que Chipas es México.

Una civilización negada no es lo mismo que una civilización desaparecida, esto lo muestra no sólo los hechos que acabamos de señalar, sino por la actual presencia de las comunidades y pueblos indios en nuestro país, sus cosmovisiones, sus usos y costumbres que se expresan en una multidimensionalidad cultural, su cosmovisión: la tierra, la fiesta, sus creaciones artísticas, el modo de producir, su alimentación, etc.

Este el México en el que personalmente vivo, es decir, en el que reconozco que soy parte, que existe en cada comunidad, en cada pueblo y en cada ciudad en la que he vivido o que conozco por diversos motivos. La presencia de la cultura mesoamericana es una realidad en

la Tarahumara con los indios Rarámuris, en Nayarit con los indios Huicholes, en Michoacán con los indios Tarascos, en Veracruz con los indios Nahuas, en Oaxaca con los indios Mixes, en Chiapas con los indios Lacandones, en Mérida con los indios Mayas, en Puebla con los indios Tlaxcaltecas, en Jalisco con los indios Zapotecas, en Sonora con los indios Coras, en Chiapas con los indios Tzentales, en Hidalgo con los indios Otomíes, etc., y en la Ciudad de México con una gama de todos.

De igual manera reconozco la existencia de su cultura a través de los nombres que significan para ellos y –por ignorancia– no para nosotros, los lugares: Ixtlahuacán, Chichen Itzá, Rejochi, Zapotlán, Teotihuacán, Patzcuaro y Janitzio, Tlaxcala, etc. presentes en nuestro México actual. Los alimentos: Huitlacoche, huacamole, Xilacayota, camote, cempasúchil, etc. Existe una resistencia a admitir el cambio de nombre a los pueblos ya no por nombres de santos sino por el de políticos, empresarios o artistas, reconocidos sólo por el Estado, pero que no nombran nada, sólo es recuerdo para unos cuantos ilustrados.

¿Qué decir de los hombres y sus rostros?. Contando con los argumentos de la continuidad genética y el hecho de que la inmensa mayoría de los mexicanos poseamos rasgos somáticos, la mejor imagen para mostrar la hipótesis de “El rostro negado” son los zapatistas que aparecieron con la cabeza cubierta con el pasamontañas. Este es un grito de nuestra ascendencia india, es un grito de reclamo a su negación en la ley y en la realidad social, es una voz por los miles que no tienen socialmente voz. Un grito contra la segregación racial y social presente en nuestros días. Su reconocimiento como indios está plasmado en su lucha “Nunca más un México sin nosotros” basta reconocer los objetivos del levantamiento zapatista, sus seis Declaraciones de la Selva Lacandona. La diversidad cultural no es un problema en sí misma, constituye la principal riqueza de nuestro país, es uno de los postulados del levantamiento zapatista “Todos somos iguales porque somos diferentes”. La cuestión está en lo que afirma Bonfil Batalla, “el problema está en la estructura asimétrica que subyace en el fondo de esa pluralidad”.

Segunda Parte.²

Cómo llegamos a donde estamos.

El levantamiento indígena (México profundo) y la entrada en vigor del TLC (México imaginario) el 1 de enero de 1994 sólo hacen patente la escisión profunda de nuestra sociedad mexicana, que expresa, como bien lo señala Bonfil Batalla “la confrontación no resuelta de dos civilizaciones, es el resultado de un proceso histórico que está por cumplir 500 años”.

Este acontecimiento histórico es un referente para plantearnos la pregunta y para entender ¿cómo llegamos a donde estamos?.

La pregunta fundamental es una pregunta por la construcción de la nación, y lo que explica la inexistencia de una cultura mexicana única es la presencia de dos civilizaciones, ni sean fusionado ni han coexistido en armonía. Nos encontramos con la presencia de culturas mesoamericanas y la presencia de una civilización occidental que ha dominado, en todos los niveles de la vida, sobre las primeras. Existe hasta nuestros días una realidad de confrontación frente a una definición de la nación mexicana.

El surgimiento del movimiento zapatista deja entrever el fracaso de la pretensión totalitaria de la independencia del imperio español, de la reforma juarista y de la propia revolución mexicana. La lucha y cosmovisión del México imaginario se ha dado al margen –cuando en la negación– del México profundo; la pretensión de unos es la resistencia de otros. Ni ha triunfado la occidentalización de América ni ha triunfado la cosmovisión mesoamericana, son dos civilizaciones en choque.

La constante confrontación entre el México profundo y el México imaginario son una muestra de que el surgimiento y la consolidación de México como un Estado independiente, no produjo ningún proyecto diferente, nada que se aparte de alcanzar la intención última de llevar el país por los senderos de occidente. EZLN y TLC representan la tensión entre las dos culturas, las dos visiones de país, el choque de las dos civilizaciones que transitan por caminos diferentes en el mismo México.

El 1 de enero de 1994 hizo patente nuestra realidad nacional como una situación esquizofrénica, manifiesta no sólo en el EZLN y el TLC sino en todos los órdenes de la vida y la cultura del país. Esta realidad inquieta mucho más al México imaginario porque atenta contra la occidentalización de la cultura nacional, porque ellos son minoría, a veces ridícula, intenta llevar al país por un camino que se contradice con la realidad pluricultural, de pobreza y marginación

² Ídem, pp. 97-214

“La cultura profunda, la de los pueblos étnicos, se mantiene viva, sus ritos, sus costumbres, su religiosidad, su resistencia cotidiana, están presentes a pesar de la cultura impuesta”.



en que viven millones de mexicanos. La miopía de los imaginarios no puede negar al México profundo, aún en su exclusión pretendida y real, sin ellos no se podrá alcanzar la democracia.

Al levantamiento del EZLN se alzaron otras voces de otros muchos pueblos étnicos que encuentran en los postulados zapatistas su misma resistencia, su lucha y su sobrevivencia. Entre ellos nunca ha existido ni existe actualmente la dominación, entendida esta última como el avasallamiento de las personas, de sus modos de vida, de producción, la negación de sus creencias, etc.; en cambio el imperio español, occidental, dominó sus vidas, sus costumbres, modificó los modos de producción, usurpo su religión con la imposición de la cristiandad.

La presencia de los pueblos étnicos actuales son una manifestación clara de la resistencia y la sobrevivencia de la cultura mesoamericana, en donde queda claro que la nueva manera de dominar no ha dominado, pero si ha ultrajado, negado y asesinado, al punto del exterminio. Como reza el Popol Vuh "Han quemado nuestras ramas, pero no podrán arrancar nuestras raíces". El orden colonial no logró desterrar, como pretendían, la civilización y las culturas indígenas.

La mayor riqueza de nuestro país, de la cultura mesoamericana, es la pluralidad cultural y étnica de que está compuesto, cada grupo tiene una identidad social y cultural particular y claramente definida; esta es la mayor limitación de la cultura occidental, no reconocer esta pluralidad. La colonia española no reconoció sino dos polos

irreductibles: los españoles (colonizadores, dominadores) y los indios (colonizados, dominados). Su existencia da pie a la expresión de la existencia en México de dos repúblicas, así lo expresa el Virrey don Luis de Velasco en 1559, "las dos repúblicas de que este reino consiste".

De la primacía del dominio e imperio español se desprende la ideología para justificar, hasta nuestros días, la desigualdad, la exclusión, el sometimiento y la negación de las otras culturas étnicas, las que conforman la civilización mesoamericana. Es decir, se constata la violencia con que quiso fundarse e implantarse el dominio occidental, se constata hasta nuestros días la violencia con que quiere construirse el México imaginario. El TLC como carta de ciudadanía de México al Primer Mundo no puede legitimarse por la sola aparición del EZLN.

El Estado mexicano a través de sus distintas instituciones y sus organismos, ha fracasado en todas sus iniciativas indigenistas, en todos sus intentos por subsumir la realidad de los diferentes pueblos étnicos y sus costumbres. Ni el Instituto Nacional Indigenista, ni COPLAMAR, ni la actual Secretaría para los Pueblos Indígenas, han tenido mayores alcances, si tal vez en algunos servicios públicos, porque su horizonte y mentalidad occidental le ha impedido reconocer la identidad de estos pueblos. Es decir, todas las iniciativas se dan desde el horizonte del México imaginario, de los que ostentan el poder y la riqueza, los que tienen en sus manos las instituciones gubernamentales. No se pretende construir un futuro "desde" todos los pueblos y su pluralidad cultural, el México profundo, sino "para" beneficio de unos cuantos, de las minorías que componen el México imaginario.

La independencia de México se traduce en la independencia criolla y de los mestizos, los pueblos indígenas siguen tan subyugados al dominio de los dominadores como desde el inicio. No hay una identidad mexicana, ni somos europeos ni somos indios, somos, como dice Octavio Paz "hombres al desnudo". Independencia y revolución, en sus sucesivos contextos históricos, no son sino reflejo del enfrentamiento entre grupos sociales que intentan imponer su propio proyecto. En el fondo la realidad es la misma: dos culturas, dos civilizaciones en constante

confrontación, una que quiere imponerse (México imaginario, TLC) y la otra que se resiste de diversas maneras, (México profundo, EZLN).

La modernidad del México imaginario hasta nuestros días (basta conocer los objetivos del TLC) es un producto de importación, el deseo de imitar a los países avanzados de Europa y de Estados Unidos, entonces y hoy; frente a esta modernidad el México profundo resulta ser la negación radical del México imaginario. Esta modernización viene acompañada del concepto “civilización” que no significa otra cosa hasta nuestros días que “desindianizar”, es decir, imponer occidente, civilizar a los indios, hacerlos perder su identidad cultural. El EZLN aparece como signo contradictorio a esta civilización, se hacen presentes como parte y como dueños legítimos de esta nación.

La Revolución Mexicana presenta el nuevo rostro del México imaginario, marca el rumbo del país hasta nuestros días, en donde el México profundo, agrario y popular, no es la meta sino sólo una fuente de la que sustraen recursos para hacer posible el crecimiento del otro México, el imaginario, que se perfila industrial, moderno, urbano, cosmopolita; las pueblos étnicos, las comunidades indígenas, siguen estando al margen del desarrollo, la vida es extrema, deplorable, en verdaderas condiciones de inhumanidad.

La cultura profunda, la de los pueblos étnicos, se mantiene viva, sus ritos, sus costumbres, su religiosidad, su resistencia cotidiana, están presentes a pesar de la cultura impuesta. El EZLN no es sólo Chiapas, Tzotziles y Tzentaes, es el levantamiento de los diversos pueblos étnicos y de los diversos grupos sociales con conciencia nacional, es la voz del México profundo que se alza –como otras tantas veces– con violencia y como resistencia como grito de “Cómo hemos llegado a donde estamos”.

Tercera Parte.³ Proyecto Nacional y Proyecto Civilizatorio.

El levantamiento del EZLN no es sino el levantamiento de la pobreza y la marginación en que viven millones de mexicanos a lo largo y ancho del país, es decir,

no hace sino mostrarnos el fracaso del proyecto de nación soñado por el México imaginario. El TLC se erige sobre una realidad marginal que contradice no sólo sus postulados sino su estructura misma: México es un país pobre que no puede entrar en competencia en situaciones tan disimétricas como las que están hoy presentes.

La realidad de marginación y pobreza es el resultado del proyecto del México imaginario ¡la quiebra de la ilusión!, por lo que la ruta de salida tendrá que ser otra, en particular, sólo será viable y posible desde la integración de la pluralidad cultural y experiencial de todos los grupos que conforman el México profundo: su historia milenaria, civilizatoria, sabia y cósmica configuran una cosmovisión diversa a la pregonada por la experiencia del fracaso.

“Cada mexicano que nace, nace endeudado”, esta es nuestra realidad no sólo económica sino de dependencia ganada por la deuda externa, es decir, como lo afirma el mismo Bonfil Batalla, “Bajo la dirección del México imaginario nos hemos vuelto espléndidos constructores de desiertos y agentes eficientísimos para destruir la vida de la tierra, en el agua y en el aire”. Junto a esta realidad se suma la negación, por parte de los que ostentan el poder, de la participación del pueblo; la izquierda siempre dividida no ha sido capaz de plantear un proyecto alternativo de país. La estrategia a seguir es el reconocimiento de una vez y para siempre al México profundo, porque si no se cuenta con él no habrá verdadera solución.

Este sería un proyecto alternativo de nación, desde el reconocimiento al México profundo y desde el reconocimiento a los aciertos del México imaginario, un país organizado desde el pluralismo cultural, porque con lo que México cuenta es con su gente, con los mexicanos que al fin de cuentas constituimos esa totalidad que se llama México.

El camino de proyecto de nación es el camino del pluralismo, desde una mínima ética cívica que nos ayude a reconocernos como iguales y diferentes, en donde quepan los sueños y las esperanzas de la sociedades históricas, desde su diversidad cultural y social, hacia una cultura civilizatoria desde la cual se tracen los problemas y los retos, desde la que se busquen y construyan las soluciones.

¿Qué país queremos?. Ver Occidente desde el México real, desde lo que somos y hacia donde queremos ir. No corramos ni si quiera en el pensamiento el mismo error.

3 Ídem, pp. 215-250